

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

RAZONES
PARA LA ESPERANZA

CUADERNO DE APUNTES I

TRIGESIMOTERCERA EDICIÓN

Ediciones Sígueme
Salamanca 2023

© Ediciones Sígueme, S.A., 1999
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

Cubierta: imagen digital realizada por C. H. Martín
para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-1956-1

Depósito legal: S. 1-2017

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
1 Querido ladrón	15
2 La hierba crece de noche	18
3 ¿A qué derrota llegas, muchacho?	21
4 Música para sobrevivir	25
5 El suicidio de un niño	29
6 Una humanidad de trapo	34
7 El relámpago gris	37
8 Teoría del trampolín	43
9 «Reina» no ríe	46
10 Elogio del coraje	49
11 Niño en el cubo	52
12 Vagabundos por fuera, bibliotecas por dentro ...	55
13 Morir solos, vivir juntos	58
14 Las monjas de la colza	61
15 Cándido y Roberto	65
16 Sarina ha vuelto	68
17 El año en que murió Cristo entre las llamas	72
18 Quemar a Judas	76
19 Un campo sembrado de futuro	80
20 El terrorista no ha dormido esta noche	84
21 Todos los padres son adoptivos	87
22 Mis diez mandamientos	90
23 El arte de reírse de sí mismo	94
24 El arcángel caracol	97

25	Vivir con einte almas	100
26	La farmacia de mi abuelo	103
27	Un ciego en San Pedro	106
28	Las seis cosas que dan honra	109
29	No mates a nadie, hijo	112
30	El «delito» de ser mujer	115
31	La vejez desprestigiada	118
32	Historia de doña Anita	121
33	Pregón para una Navidad entre miedos	124
34	Dios era una hogaza	128
35	Dolorosa, dramática, magnífica	131
36	La hija del diablo	134
37	El hombre que había visto su entierro	137
38	La pedagogía de la Y	140
39	Los muebles ensabanados	143
40	La mano en el violín	146
41	Un campeonato de cariño	149
42	Me he sacado una espina	152
43	El milagro del gitano	155
44	Elogio de la tía	158
45	Hay estrellas	161
46	Los calumniadores del cielo	164
47	El hombre que mendigaba cuartos de hora	167
48	El desmadre y el despadre	170
49	Los ojos eran verdes	173
50	Casi omnipotente	176
51	Sardinas con chocolate	179
52	La gran pregunta	182
53	El incendio	185
54	La casa prestada	188
55	Los niños de la guerra	191
56	«Mete la espada en la vaina»	194
57	El vestido en el arcón	197
58	Caminar hacia el amanecer	200
59	El dulce reino	203
60	Enfermos de soledad	206
61	En el cielo no hay enchufes	210
62	La pata coja	213

63	Niño en la biblioteca	217
64	«Miss Traje de Baño» no sabe nadar	220
65	Hombres y cafeteras	223
66	Animar al suspendido	227
67	Jesús nació mongólico	231
68	El malo de la película	235
69	Me acuso, padre	239
70	Anónima Matrimonios, S. A.	243
71	Viajar como maletas	247
72	Una cura de Bach	251
73	El derecho a equivocarse	255
74	La estampida del egoísmo	259
75	La sonrisa y las tinieblas	263
76	El pobre en el jardín	266
77	La guerra de los listos	270
78	La paz nuestra de cada día	273
79	Hombres de cristal	277
80	Las nuevas esclavitudes	280
81	Cinco duros por la fruta	284
82	Asomarse a la puerta de la dicha	287
83	«Muchacho, cuida tus alas»	290
84	Cambiar de agenda	293
85	El reino de los «buenos días»	296
86	El hereje y el inquisidor	300

INTRODUCCIÓN

Dicen que la gran enfermedad de este mundo es la falta de fe o la crisis moral que atraviesa. No lo creo. Me temo que en nuestro mundo lo que está agonizante es la esperanza, las ganas de vivir y luchar, el redescubrimiento de las infinitas zonas luminosas que hay en las gentes y en las cosas que nos rodean.

Lo mismo que se dice que la gran victoria del demonio en nuestro tiempo es haber conseguido convencer a todos de que no existe, creo que el gran triunfo del mal consiste no tanto en habernos vuelto ciegos como en habernos puesto a todos unas gafas negras para que terminemos de creer que el mundo es mal y sólo en el mal puede revolcarse.

¿Qué va a creer un pobre ser humano que abre los periódicos y sólo encuentra en sus páginas violencia y polémicas y que, cuando abre a la tarde o a la noche el televisor, vuelve a recibir una segunda ración de metralletas, ambiciones y sexo? Desde el día en que decidimos que era noticia un hombre que muerde a su perro y que, en cambio, no fueran noticia diez millones de hombres que todos los días lo sacan a pasear, hemos logrado convertirnos en algo peor que ciegos: en gentes que sólo tienen capacidad para ver lo negro e ignoran toda la ancha gama de colores luminosos que les rodean.

¡Y, sin embargo, qué hambre tiene el hombre de ternura y buen humor! ¡Qué necesidad de que alguien le limpie los ojos y le ayude a confiar en sí mismo y en cuanto le rodea!

Los artículos que componen este libro han sido para mí una experiencia apasionante. Después de dieciocho años de periodismo, en los que escribí millares de artículos, descubría –¡por fin!– que los lectores podían seguir con más o menos interés mis comentarios ideológicos, pero sólo vibraban cuando me dirigía a su corazón y a su condición de hombres. Un poco por casualidad comencé en los dominicales de ABC esta serie titulada sencillamente «Cuaderno de apuntes», en la que intenté, también con sencillez, hablar a la gente de mi corazón, de las pequeñas alegrías de cada día, de esas zonas luminosas del mundo de las que nadie hablaba, y descubrí, con gozo y asombro, que aquellos artículos ¡servían! Quienes me escribían comentándolos –y eran muchos cientos– no decían que mis comentarios les gustasen o que estuvieran de acuerdo con sus ideas; contaban que esos artículos les eran útiles, les ayudaban a vivir, que los esperaban cada domingo como un alimento, casi como una comunión. No eran ya (¡horror!) mis admiradores, sino mis amigos. En torno a mi palabra se había creado un corro de amistad, mi página se volvía una casa habitable para muchos.

Viví durante meses en éxtasis: si mis artículos podían alimentar a alguien, llevarle el entusiasmo de vivir, escribir se me volvía un oficio sagrado, hermano gemelo de mi sacerdocio, una tarea que sólo podía cumplirse descalzándose el alma como ante la zarza ardiente.

Fui dándome cuenta de cuánta soledad hay en el mundo: descubrí cuántos miles de muchachos no tienen a nadie con quien hablar, cuántas mujeres no conviven espiritualmente con sus maridos, cuantísimos son los que se «dejan vivir» por puro aburrimiento. Y pensé que ayudar a todos estos desesperanzados a descubrir las zonas luminosas de la aventura humana era el más apasionante de los empeños.

Y no es que yo debiera mentir: pintar un mundo color de rosa, distribuir la morfina del falso optimismo, ocultar las zonas negras de la existencia. No, nada debía ser escamoteado. Al contrario: parte del oficio era mostrar y reconocer nuestras llagas; pero era imprescindible, en todo caso, asumir la desgracia sin desposarse con la amargura, aprender a mirar más allá del dolor, sabiendo siempre que, si es necesario que vivamos con los pies en el barro, nadie va a impedirnos nunca levantar los ojos hacia las estrellas.

Así fue surgiendo, semana tras semana, este cuaderno de pequeños apuntes que hoy recojo en volumen con la ilusión?, ¿esperanza?, de que sigan sirviendo de casa para muchos. Yo creo en la alegría. Creo cada vez más en lo apasionante de la aventura humana. ¡Ojalá supiera contagiar a mis lectores esta doble confianza!

QUERIDO LADRÓN

Me gustaría que este primer apunte de mi cuaderno llegase a tus manos, amigo ladrón, que hace dos semanas violentaste mi puerta, registraste mis cajones y abriste uno a uno todos mis armarios. Me gustaría, al menos, darte las gracias, más, incluso, que por no haberte llevado nada, por no haber alterado el orden de uno solo de mis papeles.

Supongo, muchacho –porque estoy seguro de que eres poco más que un chiquillo–, que debiste maldecir a toda mi ascendencia al descubrir que en mi casa había sólo cosas que –desgraciadamente para ti, por fortuna para mí– no te interesaban en absoluto: libros, discos y algún objeto de arte muy cercano a mi alma, aunque no muy valioso. Tú buscabas –supongo que para seguir hundiéndote en el infierno de la droga– joyas, oro, dinero. Te hubieras ahorrado el trabajo de romperme el marco de la puerta de haberme conocido. Habrías sabido que el oro y las joyas me parecen las dos cosas más estúpidas del mundo. Y que, en cuanto al dinero, tengo una demoníaca habilidad para gastarlo más deprisa de lo que lo gano. No encontraste lo que no podías hallar. Y sin embargo...

Sin embargo, me quitaste –con la complicidad de mi cobardía, claro– algo de mucho más valor que los diamantes. Te explicaré.

Yo he defendido siempre que la confianza es parte sustancial de la vida de los hombres; que sería preferible no vivir a hacerlo con el alma acorazada. Si yo no me fío de los que me rodean, y circundo

mi vida y mi corazón de hilo espinado, no hago daño a quienes a mí se acercan, me lo hago a mí mismo. Un corazón desconfiado envejece deprisa. Un corazón cerrado a cal y canto está más muerto que si realmente muriese.

Esa es la razón por la que siempre me resistí a reforzar mis puertas (gracias a ello te resultó a ti tan fácil la función de saltarlas). Y esa misma es la causa por la que he tenido siempre la costumbre de dejar todas las llaves puestas en sus cajones y armarios (y gracias a ello tú no precisaste destrozármelos para abrirlos).

Los tres vecinos de mi descansillo habían blindado ya las entradas de sus casas. Los tres me habían dicho mil veces que hiciera yo lo propio, ya que cada día leían en la prensa noticias de muchachos como tú. Yo siempre me reía: «En mi casa –decía– no hay cosas que puedan interesar a los ladrones». Pero, en mi interior, era otra la razón decisiva. Sabía, sí, que la violencia es hoy uno de los grandes ejes del mundo, mas prefería no verlo demasiado, no imaginar, al menos, que pudiera venir contra mí y convertirme, consiguientemente, en un «violento defensivo», en un alma clausurada.

Había aún otra razón. Si tú me conocieras, sabrías que siempre he considerado a Bernanos un poco como el padre de mi alma. Pues bien; este escritor –léelo, es mucho más apasionante que la droga– rendía un verdadero culto a la confianza entre los hombres. Hasta tal punto que, cuando alguien le contó que en cierta región del Brasil las casas no tenían puertas, ni cerrojos, ni llaves, se marchó allí a vivir, seguro de que quienes así pensaban por fuerza habían de ser hombres completos.

También yo me sentía vinculado a ese culto. Prefería, incluso, ser robado a construirme el alma como un castillo roquero.

Pues bien: he cedido. Yo pecador me confieso a ti, ladrón amigo, para contarte que tu avaricia y mi cobardía juntas fueron más poderosas que todos mis propósitos.

Cuando aquella tarde encontré mi puerta abierta de par en par, gracias al juego de tus manos, algo se revolvió en el fondo de mí. No contra ti (o, al menos, no sólo contra ti), sino contra este mundo que estamos construyendo. Por eso me gustaría saber quién

eres, cómo eres. Conocer si eres consciente –como yo lo soy– de lo inhabitable que, entre todos, estamos volviendo el planeta. No quiero ni pensar que la droga haya terminado ya de pulverizar tu conciencia.

Aquella noche dormí mal. Me despertaban inexistentes ruidos. Veía regresar monstruos que, a lo mejor, se parecían poco a ti o que eran como tú multiplicado, como lo que tú acabarás siendo si sigues por ese camino. Una rabia secreta me poseía. No porque tú me hubieras robado –ya que, de hecho, nada te llevaste y debía, en rigor, considerarme afortunado–, sino por vivir en una sociedad que, quizá, primero te cerró las puertas del trabajo para abrirte luego de par en par las del vicio. Y del vicio más destructor y caro.

Durante los diez días siguientes me seguí sintiendo extraño. Llegaba a casa con un amargo latir del corazón, imaginándome de nuevo la puerta violentada, entrando a ella con miedo a encontrar dentro, navaja o pistola en mano y tembloroso.

Corta debía de ser mi confianza. Capitulé al sexto día, convencido, no sé por qué demonio, de que sólo una puerta blindada devolvería la paz a mi corazón traumatizado.

Y ahí están: cerrojos, barras, planchas de acero, llaves supercomplicadas... todo un armamento defensivo. Igual que si viviera en una caja de caudales, convertido yo mismo en un lingote de ese oro que desprecio.

Ahora me siento mucho más tranquilo. Pero mucho menos hombre. Mucho menos fraterno. Y no me duele el dinero que, gracias a tu hazaña, he debido gastar. Me duele saber que ha aumentado el número de los que desconfían, de los que viven con el alma repleta de mastines.

La culpa no es sólo tuya. Mía también. Y este sentimiento de culpa común es lo único humano que he sacado de esto. Me gustaría, por todo ello, que tú pudieras leer estas líneas y que sintieras algo parecido. Así los dos sabríamos que tu avaricia y mi miedo se juntaron para construir esta tristeza.